

Este pontificado tuvo de duración seis años, cinco meses y diez y nueve días, pues San Teodoro, murió el 13 de mayo de 649, sucediéndole San Martín, personaje rico y noble de Todi, ciudad perteneciente al Estado Eclesiástico, cuya elección se verificó el 5 de Julio de 649. Se vió obligado á sufrir muchos y graves disgustos.

Reunió un concilio en San Juan de Letran, al que asistieron ciento cinco obispos los cuales condenaron así el Tipo como el *Etchesis*, como igualmente á Teodosio que habia sido obispo de Faran, á Ciro de Alejandria. á Sergio de Constantinopla y á Pirro y Pablo, sucesores de aquellos, y todos sus escritos heréticos.

Vamos á reproducir aquí lo que acerca de los trabajos de este santo pontífice dice el Sr. Moreno Cebada:

«El santo papa Martín luego que se hubo celebrado el concilio de Letran, de que nos hemos ocupado en el anterior capítulo, envió las actas á todos los obispos de la Iglesia universal, y aun al mismo emperador, que habia promulgado el *Typo*. También nombró por vicario suyo en todo el Oriente á Juan de Filadelfia, al cual le decia en su nombramiento de este modo: «Os establecemos nuestro vicario porque estamos persuadidos que mirais con el mayor interés las virtudes que el apóstol recomienda á los obispos. Así pues, daos prisa en el Señor para poner obispos, sacerdotes y diáconos en todas las ciudades sujetas á la jurisdicción de las Sillas de Jerusalen y de Antioquia. Esto os ordenamos y mandamos absolutamente en virtud de la autoridad apostólica dada por Jesucristo á San Pedro, príncipe de los apóstoles y rechazad con firmeza las reclamaciones y los excesos del falso obispo de Antioquia Macedonio. La Iglesia católica no le reconoce por obispo, no solo porque se ha arrogado este título contra los cánones en un país extraño sin consentimiento del pueblo, y sin decreto alguno que para ello le autorice, sino también porque está unido á los herejes que le eligieron en recompensa de su apostasia. Lo mismo sucede con respecto á Pedro, á quien pretenden haber hecho obispo de Alejandria.

«En esto se ve la sabiduría y la vigilancia de San Martín, á quien le esperaban grandes persecuciones y aflicciones las más terribles.

«La conducta de este digno sucesor de San Pedro, y principal-

mente su resolución de enviar las actas del concilio de Letran á todos los obispos, y aun al mismo emperador, segun ya hemos manifestado, irritó sobremanera á Constante, el cual trató de emplear toda su atención para vengarse del Santo Pontífice, y dió orden al exarca Olimpio de que le hiciese asesinar. Obligado este á obedecer las órdenes del emperador, busca la ocasion oportuna para desempeñar su triste y odioso ministerio, no pudiendo lograrlo á causa de que Martin salia siempre acompañado de un clero numeroso. Por último creyó poder lograr su propósito, rogando al Papa fuese un dia á administrarle la sagrada comunión en la iglesia de San Juan de Letran. Era costumbre en aquellos tiempos que los fieles recibiesen la comunión en el mismo sitio donde oraban: así pues, Olimpio se habia colocado en un paraje apartado, rodeado de sus guardias, habiendo encargado á su propio escudero que en el momento en que el Papa pronunciase las palabras de la comunión, clavase el puñal en su pecho. El Pontífice se adelantó rodeado de los prelados, y el exarca arrodillado recibió de su mano la comunión. El escudero no se movió ni hizo ademán alguno que manifestase su pensamiento de asesinar al Pontífice. Luego pues que el Papa se hubo retirado, preguntó Olimpio al escudero por qué no le habia asesinado, segun la orden que le habia dado, á lo cual contestó aquel que en el momento de presentarse el Pontífice habia quedado como ciego, poseido de un temblor que no podia dominar, pareciéndole que el Papa habia desaparecido. Olimpio, á quien no acompañaba gran voluntad de hacer cometer tan horrendo crimen, y que ya experimentaba algunos remordimientos, no injurió de palabras ni de obra al escudero, y al dia siguiente se presentó al Papa, y arrodillado en su presencia le hizo saber la orden que tenia del emperador, lo que habia acontecido el dia ántes, y le ofreció solemnemente que fuera cualquiera el resultado que para él pudiese tener, no cumpliría jamás con aquel mandato de Constante.

«Al poco tiempo descontento el emperador de Olimpio, le hizo reemplazar por Teodoro Calliopas, al cual mandó que residiese en Roma para ejecutar órdenes importantes que le serian comunicadas.

»Era en Roma muy amado San Martin por las grandes virtu-

des que le adornaban y objeto de admiración por su extraordinaria caridad para con los pobres, al mismo tiempo que era frugal en su comida y demas gastos personales, y como quiera que entonces la Italia estaba sometida á diferentes señores, trataba de apaciguar las diferencias que entre ellos existian, procurando conservar la paz para evitar de este modo guerras y desastres que tan lamentables y funestas consecuencias traen siempre para los pueblos.

»En suma, el Santo Pontífice acabó de captarse el amor de los fieles por el hecho generoso de haber enviado á Sicilia crecidas sumas con el objeto de que se empleasen en rescatar á una multitud de cristianos que se hallaban cautivos por los sarracenos.

»Teodoro Calliopas, que habia recibido terribles órdenes de Constante contra San Martin, envió á éste, en ocasion en que se hallaba enfermo, un oficial para que le dijera: «El exarca no ignora que el palacio pontificio se ha convertido en plaza de guerra, en el cual se hacen acopios de armas y piedras; y si bien no se sabe la causa de ello, se ve en la necesidad de condenar estos movimientos como señales ó preparativos de revolucion.»

»Esto no era otra cosa que un ardid de que se valia Calliopas. Al reseñar este acontecimiento un escritor notable, hace la siguiente reflexion: «Esto nos recuerda los acopios de armas y piedras hechos en 1792, por Madame de Montmorency Laval, abadesa de Montmartre. Le hicieron una visita severa: nada se encontró; pero se llevaron á la abadesa, que fué conducida al cadalso. Esta muerte debia probar al pueblo que las armas y piedras habian sido halladas y que nada era mas justo que el suplicio de la supuesta culpable.» Tiene razon Artaud de Montor, que no es otro el escritor á quien pertenece la anterior reflexion. Así obran siempre los hombres cobardes y aduladores, los que teniendo de continuo en sus labios mentidas palabras, los que clamando siempre que desean el bien de su patria, tan solo buscan medros personales al ponerse al frente de las revoluciones, de las que resultan las mas veces inocentes víctimas sacrificadas por el furor y odio de los malvados.

«El papa, que se hallaba inocente, y cuyo pensamiento constante é idea fija era tan solo el procurar la paz y el sosiego de los pueblos, dispuso que el oficial recorriera todo el palacio para que

se asegurase de que no habia en él armas ni piedras: empero, conociendo, que aquello era tan solo el principio de los grandes trabajos que le esperaban, mandó que le trasladasen en su lecho á la iglesia, como á un asilo inviolable, creyendo que seria respetado por sus enemigos.

«No hubo tiempo para esto. Calliopas que ya no ocultó por mas tiempo sus ideas criminales, se dirigió al palacio acompañado de un gran número de soldados, los cuales por orden suya echaron por tierra las puertas, destruyendo todo cuanto encontraron á su paso. Llegó Calliopas hasta el lecho mismo de Martin, que se hallaba casi en la agonía, y en presencia del clero hizo leer una carta de Constante, por la cual ordenaba que se eligiese un nuevo papa por ser Martin intruso; y en seguida, sin dar oído á los clamores y súplicas de los prelados y sacerdotes que rodeaban al supremo y legítimo jefe de la Iglesia Católica, y que hubieran querido seguirle y aun morir con él, si necesario hubiera sido, el exarca se apoderó de la persona del papa, y le condujo preso al palacio del gobierno. Al dia siguiente fué entregado el Padre Santo á Pelurio, el cual le embarcó en el Tiber, desde donde emprendió el viaje á Constantinopla, extenuado con su enfermedad, medio desnudo, sin provisiones de ninguna clase, sin habersele permitido llevar otro efecto que un vaso para beber. El viaje era demasiado dilatado, y tanto por esto como por su enfermedad y privaciones, Martin hubiera muerto antes de llegar á su término si Aquel de quien era vicario sobre la tierra no le hubiese reservado para que á imitacion suya apurase hasta las heces el cáliz de la amargura.

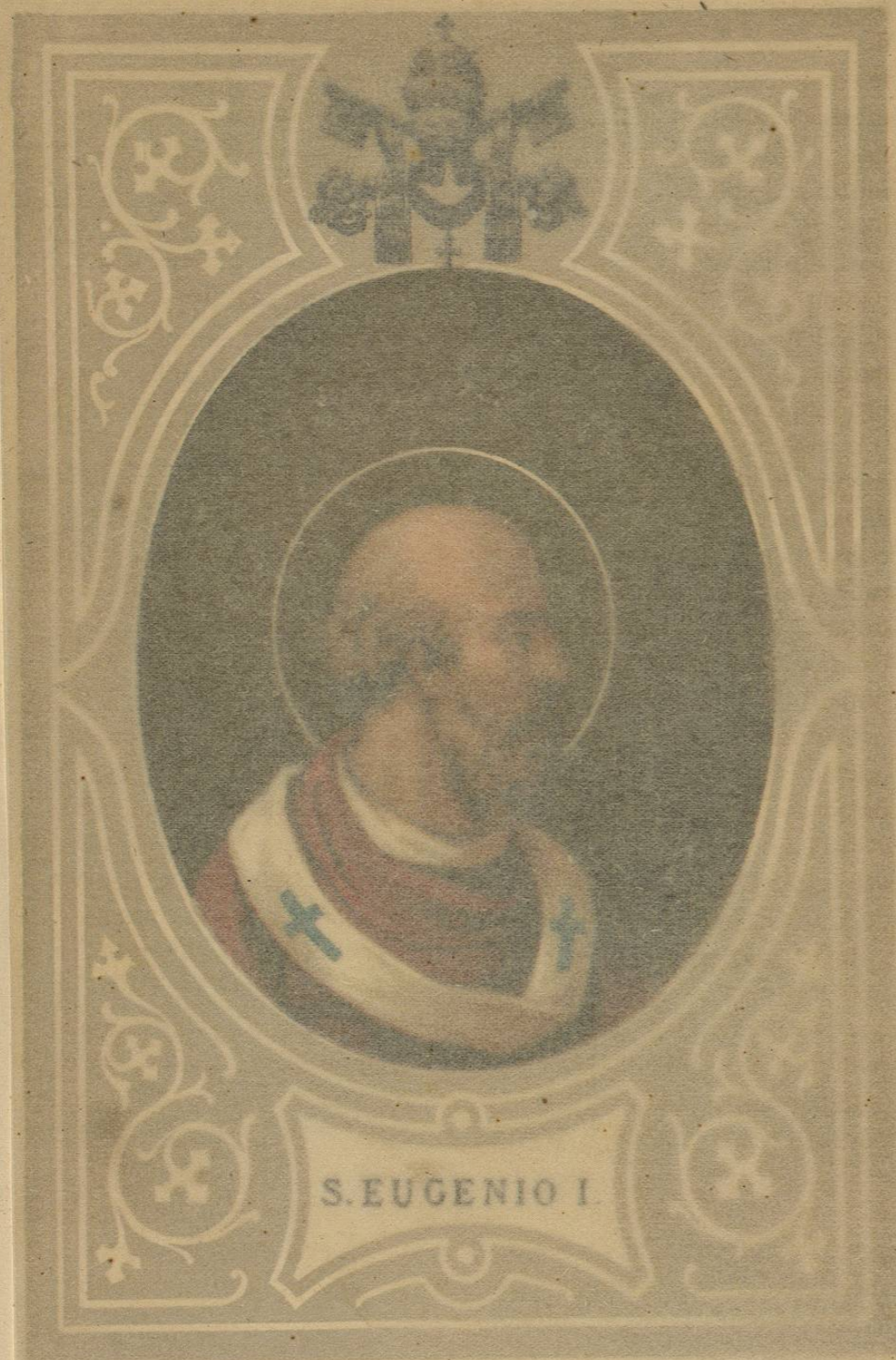
«El buque permaneció por espacio de tres meses en las costas de Cantabria. Si algunos eclesiásticos ó fieles le proporcionaban algun auxilio á sus necesidades, los guardias lo arrebatában todo en su presencia, le colmaban de injurias y maltrataban á sus bienhechores diciéndoles: «Si amais á este hombre sois enemigos declarados del emperador.»

«Por último, el 17 de setiembre de 654, llegó á Constantinopla, despues de haber permanecido prisionero por espacio de un año en la isla de Naxos. Luego que hubo llegado á aquella ciudad, le dejaron en el buque desde la mañana hasta la caída de la tarde, tendido en un miserable lecho, siendo objeto de grandes ultrajes y



S. EUGENIO I.

... en su mayor parte
 ... en una litera y
 ... por espacio de tres
 ... de malos tratamientos, cade-
 ... en una larga enfermedad,
 ... y amenazas de muerte. Por fin, un dia se le
 ... donde iba retiramiento
 ... del modo que habieras
 ... de grandes crimi-
 ... tratando la
 ... del frigida, no
 ... y al ver en-
 ... de este
 ... y haced
 ... que habia pronunciado
 ... al palacio, en-
 ... que estais condenado á
 ... que mostraba desnuda la es-
 ... al cual no llevaba mas ves-
 ... en dos pedazos, pues que
 ... *pallium*; pero el
 ... debido á la dig-
 ... Unicamente
 ... de una de
 ... supremo
 ... pascado
 ... Constan-
 ... al Santo
 ... se solia
 ... habia de
 ... elegido pa-
 ... este des-
 ... litica no
 ... como



desprecios por la tropa insolente, compuesta en su mayor parte de paganos. Por la noche le sacaron secretamente en una litera y le condujeron á la cárcel, donde permaneció por espacio de tres meses, y en la que sufrió toda clase de malos tratamientos, cadenas, privacion absoluta de asistencia en una larga enfermedad, injurias, desprecios y amenazas de muerte. Por fin, un dia se le hizo comparecer en presencia del Senado, donde sin miramiento alguno ni respeto á su dignidad le trataron del modo que hubieran podido hacerlo con un reo convicto y confeso de grandes crímenes. A través de los grandes insultos que le dirigian, imitando la mansedumbre y la paciencia del divino Mártir del Gólgota, no pronunciaba una sola palabra en defensa suya, y al ver entrar á los falsos testigos sobornados para acusarle, exclamó de este modo: *En el nombre de Dios, excusadles de este crimen y haced de mí cuanto sea vuestra voluntad.* Luego que hubo pronunciado estas palabras le condujeron á una plaza inmediata al palacio, encadenado con el carcelero para manifestar que estaba condenado á muerte, yendo delante el verdugo, que mostraba desnuda la espada con que debia degollar al papa, el cual no llevaba mas vestidura que la túnica que habian rasgado en dos pedazos, pues que brutalmente le habian despojado de la estola ó *pallium*; pero el pueblo, penetrado en su mayor parte del respeto debido á la dignidad del santo mártir, se retiró vertiendo lágrimas. Unicamente Constante, complacido, miraba por entre las celosías de una de las ventanas de su palacio este triste espectáculo: el jefe supremo de la Iglesia, el representante de Jesucristo sobre la tierra, paseado públicamente con una argolla al cuello por las calles de Constantinopla.

«No atreviéndose el emperador á condenar á muerte al Santo pontífice, le desterró á Cherson, que era el lugar en que se solia confinar á los grandes criminales, donde el Santo Padre habia de devorar aun las mayores angustias.

«Entre tanto gobernaba la Iglesia Eugenio, que fué elegido papa por los romanos cuando fué arrebatado San Martin, y este, desde su destierro, habia aprobado su eleccion para que la Iglesia no careciese de Pastor supremo, aunque se cree que gobernó como vicario suyo.